

El dinosaurio y el dragón

El PRI mexicano y el Kuomintang taiwanés

JOSÉ ANTONIO CRESPO

Si en México se ha considerado al PRI como un auténtico "dinosaurio" político, en Taiwán podría decirse que el viejo partido oficial, el Partido Nacionalista Chino o Kuomintang (KMT) es un "dragón" que gobernó autoritariamente la isla. El dragón taiwanés ha sido herido de muerte al perder la elección presidencial del 18 de marzo de este año. El triunfo correspondió al abanderado del Partido Democrático Progresista (PDP), Chen Sui bian, que consiguió una mayoría relativa del 40%, seguido por James Soong –un renegado del KMT– que obtuvo el 37% del sufragio, quedando en tercer sitio el candidato oficial, Lieng Chang, con apenas un 23% de la votación. La noche anterior a los comicios, el presidente Lee Teng hui, en el auditorio Chiang Kai shek (el equivalente al auditorio Plutarco E. Calles del PRI) exclamó en la víspera electoral: "Solemnemente yo apoyo a Lien Chang. Vamos hacia la victoria. Celebremos nuestro éxito por adelantado". Los asistentes entonaron entonces un cántico nacionalista: "Los descendientes del Dragón". El día siguiente sufrieron su primera derrota histórica en las urnas, después de cincuenta años de gobierno ininterrumpido en la isla.

Puede pensarse, en un primer momento, que el caso de Taiwán (sociedad exótica y por demás distinta a la mexicana) nada tiene que ver con el proceso mexicano, dadas las evidentes diferencias históricas y culturales. Pero el origen, la evolución y estructura de su sistema de partidos, sin ser idénticos al del régimen priista, muestran más similitudes de las que se podría suponer a simple vista. De hecho, lo ocurrido en los comicios taiwaneses podría arrojar algunas luces sobre el cambio político en México pues, a final de cuentas, en ambos países se experimenta el declive de un partido que durante décadas monopolizó el poder político pero que, de un tiempo para esta parte, ha ido perdiendo terreno conforme la democratización electoral y partidista avanza. La derrota del KMT era vista como imposible hasta hace poco; el PRI ha creado en tomo de sí el mito de invencibilidad, creencia que, sin embargo, cada vez es más puesta en entredicho y cuya desaparición podría ser el preludio de su desalojo del poder, tal y como ocurrió con el otrora invencible Partido Nacionalista Chino. De ahí que la comparación entre ambos procesos democráticos podría ser ilustrativa de una trayectoria más o menos similar, recorrida en los últimos años por varios partidos monopólicos.

El origen revolucionario

El KMT, como el PRI, fue uno de los partidos gobernantes más antiguos. Asumió el poder después de la revolución liberal de 1911, que puso fin al imperio chino. Si la mexicana fue la primera revolución social del siglo XX, la china fue la segunda sólo por un año de diferencia. Y aunque las circunstancias en que se encontraban México y China diferían en múltiples aspectos, ambos países arrastraban un pasado autoritario y eran gobernados por

una autocracia en decadencia, lo que suscitó la rebelión de grupos pertenecientes a la oligarquía —deseosa de liberarse del yugo central— que lograron dismantelar al autoritarismo vigente. Todo ello, desde luego, en grado muy diverso (es temerario comparar al imperio manchú con el porfiriato, por ejemplo). En realidad, puede encontrarse una mayor similitud entre las condiciones de Rusia y México al inicio del siglo XX, pero no por ello queda totalmente fuera de lugar el parangón entre China y México en esa misma época. La revolución china tuvo como protagonista un personaje de corte liberal y demócrata, el doctor Sun Yat sen, comparable en más de un sentido a Francisco Madero, salvo que aquél no fue un mártir de la democracia cuando sobrevino la contrarrevolución (sino que murió hasta 1925, y no por asesinato).

Los nacionalistas chinos, como los revolucionarios mexicanos, blandían banderas modernizadoras en el plano político, económico y social, pero no por la vía del socialismo radical, sino por una ruta esencialmente liberal. Las dos revoluciones, al poco tiempo de derrumbar al antiguo régimen, sufrieron un intento contrarrevolucionario, dirigido por un personaje emergido de aquél; Yuan Shi kai, en China, y Victoriano Huerta, en México. El golpe de mano respectivo despertó la movilización de fuerzas revolucionarias que pronto pudieron derrocar las dictaduras reaccionarias de Yuan y Huerta. Después de eso, los dos países quedaron políticamente fragmentados entre diversos jefes políticos que controlaban el poder en su respectivo feudo político (los "señores de la guerra", en China, y los caciques militares, en México).

En China, los nacionalistas se organizaron en un partido, el KMT, que emprendió una amplia campaña para reunificar el vasto territorio chino bajo su dirección, al tiempo de negociar la autonomía del país con las potencias extranjeras que durante años venían medrando la soberanía y economía chinas. Poco a poco, el Partido Nacionalista fue sometiendo a los numerosos "señores de la guerra", sumando sus fuerzas militares a las de los nacionalistas. Como un dudoso aliado en su intención de modernización, unificación y autonomía, surgió en 1922 el Partido Comunista Chino (PCC), al cual, sin embargo, el gobierno soviético no respaldó plenamente en esa empresa. Por el contrario, los bolcheviques no apoyaron política y militarmente al KMT, pues consideraban que los nacionalistas tenían por el momento mejores condiciones para unificar China y liberarla de la intervención extranjera; esa es la raíz de la posterior ruptura de los comunistas chinos respecto a Moscú. Los nacionalistas aceptaron de mala gana dicha compañía, pues era condición necesaria para recibir la ayuda soviética.

Como en México —y en otras revoluciones— la alianza revolucionaria empezó a resquebrajarse al poco tiempo de triunfar sobre los restos del antiguo régimen; los grupos más liberales rompieron con los radicales de izquierda desatando un periodo de lucha armada, una guerra civil, cuyo ganador podría tener el terreno despejado para instaurar una dictadura de partido. En China esa etapa fue mucho más compleja y prolongada que en México. A la muerte de Sun Yat sen —también fundador del partido KMT— el partido fue encabezado por un hombre de armas, el legendario general Chiang Kai shek, una combinación de Obregón y Calles en cuanto a su energía y firmeza para continuar con la obra revolucionaria. En 1926, una vez que el KMT hubo controlado la mayor parte del territorio chino, Chiang volcó sus huestes en contra de los comunistas, antes de que éstos se fortalecieran más y se convirtieran en un auténtico desafío; ambos partidos sabían que eventualmente habrían de enfrentarse por el control del país. Tras ese duro revés, los comunistas —ahora dirigidos por Mao Tse dung, un maestro— tuvieron que cambiar de estrategia, huyendo a las montañas y organizando una guerra de guerrillas basada en el

respaldo campesino. En ese momento, la balanza estaba inclinada en favor de los nacionalistas que persiguieron con ahínco a los comunistas. Mao, guardadas las distancias, podría ser comparado en varios aspectos con el presidente revolucionario mexicano más popular, quien llevó a la revolución a su posición más radical: Lázaro Cárdenas. Evidentemente, en México la confrontación entre Calles y Cárdenas no fue tan sangrienta como entre Chiang y Mao, ni culminó en la formación de dos Méxicos, como sí ocurrió en China. Eso se debe a que en China se trataba de una confrontación de proyectos muy distintos, cada uno de ellos encarnado por un magno partido; el KMT y el PCC. En México, en cambio, la disputa entre Calles y Cárdenas era por el control de la presidencia y del partido, una pugna que no involucraba proyectos diametralmente distintos.

El monopolio partidista

En China, una vez rotas las hostilidades entre el KMT y el PCC, eran cuestión de tiempo la supresión de los comunistas y la consolidación del gobierno nacionalista, pero en esa pugna se atravesaron dos variables internacionales que modificaron radicalmente la relación de fuerzas; la invasión japonesa de 1933, primero, y, poco después, el estallido de la segunda guerra mundial. Ese duro trance minó la fuerza militar y política del KMT, brindando a los comunistas grandes oportunidades de recuperación y crecimiento político y militar. Las razones de ese viraje en la relación de fuerzas entre el KMT y el PCC son muchas y muy complejas (y han sido magistralmente analizadas por Theda Skocpol en su influyente obra *Los Estados y las revoluciones sociales*). Por ello, al terminar la guerra mundial en 1945, la balanza se inclinaba en favor del PCC, que pudo en los siguientes años imponerse sobre sus rivales nacionalistas y ocupar Pekín en octubre de 1949. Esa impactante variable internacional no jugó de la misma manera en México, por lo cual el grupo equivalente al KMT, los constitucionalistas de Venustiano Carranza, pudieron derrotar a sus adversarios más radicales (Villa, Zapata, y los anarquistas de los hermanos Flores Magón). En todo caso, en el proceso mexicano hubo también un factor internacional, Estados Unidos, pero que influyó de manera muy distinta —y menos dramática— que en China, pues el gobierno norteamericano, tras una invasión simbólica en Veracruz, se limitó a respaldar diplomática y militarmente a Carranza, con lo cual inclinó la balanza a favor del constitucionalismo. La injerencia norteamericana apenas si puede ser comparable a la japonesa en China, que indirecta e involuntariamente favoreció a los comunistas después de haber prácticamente desgarrado al país.

Tras la victoria del PCC, el KMT y su líder, Chiang, tuvieron que emigrar a la isla de Taiwán (antes Formosa), en donde fundaron la China nacionalista como un país separado. De la guerra civil china surgieron, por tanto, dos dictaduras de partido; una en el continente, otra en Taiwán. No es de sorprender; de una guerra civil no nace la democracia, sino la dictadura, sea capitalista o comunista (o ambas de manera simultánea, como en China). De una conflagración intestina no podía surgir una democracia, pues ésta es producto de un pacto negociado entre los adversarios, y no de su enfrentamiento armado. En México, tras la lucha armada, también surgió un monopolio de poder que en 1929 se cristalizó en un partido político casi único, por más que la bandera que los revolucionarios habían blandido hubiese sido la democracia política. A diferencia del PRI, el KMT se mantuvo como partido único en su nueva jurisdicción insular, pues no enfrentaba las condiciones que orillaron al partido de la revolución mexicana a aceptar, desde su nacimiento mismo, la presencia de partidos opositores legalmente registrados; la herencia

liberal que recibieron los revolucionarios mexicanos, y la vecindad con Estados Unidos. Como quiera, tanto el PRI como el KMT fueron partidos de masas, que dirigieron a sus respectivos países por una vía de modernización no comunista, gozando de una legitimidad revolucionaria que, mientras duró, les permitió evadir una auténtica competencia electoral con otras fuerzas políticas. Desde luego, la flexibilidad institucional del PRI hizo del régimen mexicano un autoritarismo relativamente suave y tolerante ante la oposición, a diferencia de la rigidez partidaria y dureza política de los nacionalistas chinos frente a sus disidentes. También, en ambos países, el tipo de legitimidad originada por la revolución se fue desgastando con el tiempo y, aunque pudo ser parcialmente sustituida por un aceptable desempeño económico (que en Taiwán fue espectacular, en parte por la enorme ayuda norteamericana), en algún momento el monopolio partidario no pudo sostenerse. Por ello, la apertura política fue la única forma de mantener varios años más al partido oficial en el poder, aunque el precio de ello fuera compartir gradualmente las plazas políticas con las fuerzas opositoras.

La apertura política

Tanto en México como en Taiwán llegó el momento en que se requirió inyectar un monto de legitimidad democrática a partir de una apertura limitada, comúnmente llamada "liberalización". Este proceso, sin embargo, avanzó más rápido en Taiwán que en México lo que habla de la enorme capacidad de adaptación del régimen priista, frente a la mayor rigidez institucional de los auténticos sistemas de partido único. En México, no está claro cuándo empezó ese proceso liberalizador, pero dos fechas bien pueden servir como puntos de partida: 1964 y 1979, cuando se aprobaron importantes reformas políticas progresivas. Eso dio aire al régimen priista sin por ello provocar una competencia partidaria plenamente equitativa e imparcial. En Taiwán, como en todo país regido por un partido único, la presidencia fue vitalicia, al grado de que la muerte del líder máximo podría suponer un reto de adaptación y sobrevivencia al régimen político, y eso ocurrió con la desaparición física del viejo dirigente nacionalista, Chiang Kai shek, en 1975. Ese desafío había sido resuelto en México al morir asesinado Alvaro Obregón y al ser expulsado del país —y del poder— el jefe máximo de la revolución, Plutarco E. Calles, en su conflicto con el presidente Cárdenas.

Con todo, al morir Chiang, el peligro de una división dentro del partido quedó conjurada por la presencia de su hijo, Chiang Ching kuo, heredero natural de su padre (en China Popular, en cambio, al morir Mao, el país enfrentó mayores riesgos de conflicto durante el proceso sucesorio). Chiang Ching ocupó la presidencia en 1978, tras una especie de largo "interinato" ejercido por el vicepresidente Yen Chi kai. Para legitimarse, el nuevo presidente Chiang Ching no encontró mejor camino que liberalizar al sistema político, permitiendo la formación legal de partidos opositores, sobre todo porque Taiwán sufría de un creciente aislamiento internacional que se buscó romper, en parte, con nuevas credenciales democráticas. En contraste, China comunista, gozando de un creciente reconocimiento internacional, pudo darse el lujo de permanecer con un partido único y reprimir violentamente a su oposición democrática. En 1972 —todavía bajo mandato de Chiang Kai shek— se habían realizado en Taiwán las primeras elecciones formales para disputar 53 escaños de la Asamblea Nacional entre varios candidatos. Pero el único partido autorizado para contender seguía siendo el KMT, por lo cual ese ejercicio todavía era más cercano a los comicios soviéticos que a los mexicanos. En 1986, surgió un partido opositor

desafiando la ley, el Partido Demócrata Progresista (PDP), cuya principal exigencia era la democratización política del país. Guardadas las distancias, ese partido se aproxima ideológica y políticamente al Partido Acción Nacional (PAN); ambos partidos, liberales en su esencia, abrieron con dificultad la brecha hacia la democratización partidista y electoral (aunque en el caso del PAN el trayecto fue más prolongado).

El ejemplo del PDP fue seguido por otras corrientes políticas que se organizaron como partidos formales. En ese mismo año, se celebraron comicios legislativos en donde los opositores contendieron como independientes (figura paradójicamente aún ausente en México), obteniendo 11 escaños de 84 que estaban en disputa, y 12 de 73 en el "Yuan Legislativo", una segunda cámara parlamentaria. El relativo éxito de la oposición llevó al gobierno a aceptar un año más tarde una reforma política, mediante la cual se flexibilizaba la vida política y se aceptaba la legalización de partidos opositores. Por su importancia, dicha reforma podría ser comparada a la de 1979 de México, impulsada por don Jesús Reyes Heróles, con la que se daba nuevo impulso al sistema de partidos y se aceptaban mejores condiciones de competencia a las oposiciones formales. Sin embargo, cabe insistir en que la existencia legal de la oposición nunca fue prohibida en el México posrevolucionario. Por lo cual, la reforma política en Taiwán implicó un paso más radical, pues transformaba al sistema de partido único en otro de corte hegemónico, como lo había sido el PRI desde su nacimiento.

En 1988, a un año de iniciada la reforma política, murió el presidente Chian Ching, y fue sustituido por el actual mandatario, Lee Teng hui, miembro del ala reformista del partido que continuó decididamente con la apertura democrática impulsada por su antecesor, aunque sin someter todavía su propia investidura a la prueba de las urnas. En 1989, permitió la celebración de las primeras elecciones formalmente competitivas, pues participaron varios partidos opositores para disputar 101 escaños vacantes del "Yuan Legislativo". En esos comicios, el KMT mantuvo el 73% de los cargos electivos, mientras que el PDP obtuvo cerca del 20%, perfilándose como el más importante partido opositor (como lo fue el PAN hasta 1988, y volvió a serlo de 1991 hasta la fecha). Con todo, no había disposición de someter el cargo de presidente a la elección ciudadana. Protestas multitudinarias se desataron en 1990, exigiendo una elección presidencial directa, y la ampliación de las libertades civiles. La apertura del gobierno taiwanés contrastó entonces con la rigidez de los comunistas chinos —que provocaron la matanza estudiantil de Tien An men— pues aquél entabló un diálogo civilizado con la oposición para dar paso a una mayor democratización. El gobierno de Taiwán permitió más adelante, en 1991, una elección abierta para renovar totalmente la anquilosada Asamblea Nacional, cuyos nuevos miembros explorarían, además, una profunda reforma constitucional.

Ante el nuevo reto electoral, el KMT demostró contar todavía con una abrumadora mayoría ciudadana, al obtener el 72% del sufragio, aunque las condiciones electorales no eran todavía esencialmente equitativas; había un uso oficialista de los recursos gubernamentales, así como vastos operativos de compra del voto. A partir de entonces, el KMT podría ser considerado ya como un partido esencialmente hegemónico, pero enfilado a aceptar con más claridad una genuina democratización, como lo ha sido el PRI de unos años a esta parte.

El declive oficialista

Pese a la clara hegemonía del KMT, en 1994 sufrió un fuerte descalabro al perder la capital, Taipei, ante el PDP; el ganador fue Chen Sui bian, un persistente opositor que fue perseguido, hostigado e incluso encarcelado algunos años por el autoritarismo nacionalista. La alcaldía de Taipei le sirvió de plataforma política para, seis años después, buscar y conquistar la presidencia, justo en marzo del año 2000. De hecho, pasada esa elección, el coordinador de la campaña del KMT consideró que la derrota de su partido fue efecto de aquel descalabro capitalino de seis años atrás. El paralelismo obligado es la elección de 1997 en la Ciudad de México, ganada por Cuauhtémoc Cárdenas, del Partido de la Revolución Democrática (PRD). Pero esa comparación se detiene ahí pues, como se ha dicho, el PDP se asemeja en ideario y trayectoria mucho más al PAN que al PRD y, además, porque, de llevar el paralelismo a sus últimas consecuencias, implicaría el triunfo de Cárdenas a la presidencia en la elección del año dos mil, desenlace poco probable. En todo caso, la pérdida de la capital por parte del KMT, quebró el compacto poder que había sostenido hasta entonces, y representó una derrota simbólica que terminaba con la imagen del KMT como partido invicto, lo que en parte explica su derrota presidencial, seis años después.

A dos años de perder el KMT la capital, el presidente Lee Teng aceptó someter su propia investidura a elecciones directas —lo que no había ocurrido en Taiwán, a diferencia de México—, y al enfrentarse a una oposición dividida, logró ganar con el 54 por ciento, de modo que su más cercano seguidor, Peng Ming min del PDP, obtuvo un 21% del voto, es decir, 33 puntos porcentuales de diferencia. Dicha elección, en más de un sentido, podría compararse, por su importancia y relativa competitividad, con la presidencial de 1994 en México. En ambos casos hubo, sin embargo, evidencias de un uso excesivo de recursos ilícitos por parte del partido oficial, que en parte explican su triunfo. En el año dos mil la presidencia volvería a ponerse en disputa en ambos países. En Taiwán, aunque el presidente Lee tenía derecho a una nueva reelección —posibilidad vedada en México desde 1929— prefirió dar la oportunidad a otro miembro de su partido. Un año antes de la elección se desató una pugna interna por la candidatura del partido oficial. Un prominente miembro del KMT y ex gobernador de Taiwán, James Soong, buscó ese honor, pero no fue favorecido por el decisivo respaldo del presidente en turno, que recayó en el vicepresidente en turno, Lieng Chang. Ante ello, Soong decidió separarse de su partido y lanzarse como candidato independiente, enfrentando la hostilidad de sus ex correligionarios, que lo acusaron de deslealtad, traición e incluso corrupción (imputación está última, que le hizo perder popularidad). El PRI también ha sufrido varias escisiones semejantes, siendo algunas de las más importantes la de Juan A. Almazán en 1940, la de Miguel Henríquez Guzmán de 1952 y, más cercanamente, la de Cuauhtémoc Cárdenas, ocurrida en 1987. Dado que la ruptura que más daño ha provocado al PRI fue la de Cárdenas, podría ser la más parecida a la de Soong.

Después de eso, Cárdenas compitió nuevamente en 1994 por la presidencia, quedando en tercer lugar, y en la contienda del año dos mil no muestra buenas probabilidades de triunfo. Pero sin la ruptura de Cárdenas sería difícil explicar el creciente declive electoral del PRI. Por su parte, Soong quedó en segundo lugar, cercano al ganador oficial, pero se llevó el 37% del sufragio que arrebató en buena parte a su antiguo partido. De no haber abandonado Soon el KMT —o de haber sido nombrado su candidato— quizá el partido oficial hubiera podido todavía preservar la presidencia. La salida de Soong dividió sin duda el voto oficialista, vulnerando en buena parte la antigua fortaleza del partido revolucionario taiwanés, como ocurrió con el PRI con la salida de Cárdenas en 1987.

Cárdenas formó un partido después de los comicios de 1988, el Partido de la Revolución Democrática (PRD) que en parte reivindica los ideales de la Revolución mexicana, presuntamente traicionados por la élite "tecnocrática" que controló al PRI desde 1982. Por su parte, tras la derrota del KMT, Soong anunció la formación de un nuevo partido que intentará recoger lo mejor de la tradición nacionalista de su antiguo instituto político.

La elección del año dos mil

El Partido Democrático Progresista (PDP) siempre se ha pronunciado por la independencia respecto a China, en oposición al estatus de "un país, dos sistemas" que opera en Hong Kong desde que finalizó, en 1996, el protectorado inglés. Ante ello, el gobierno de China comunista siempre ha esgrimido una amenaza nada velada en contra de un posible triunfo de ese partido en la presidencia. Cuando se celebraron los primeros comicios presidenciales en 1996, los electores taiwaneses fueron advertidos del peligro de conflagración que acarrearía un eventual triunfo del PDP. El KMT aprovechó esa contingencia y la utilizó en su propaganda, generando un auténtico "voto del miedo". Los especialistas consideran que aunque ese factor no fue el único en explicar el imponente triunfo del KMT ese año, sí fue decisivo. En México, en 1994, nubarrones de inestabilidad cubrieron el proceso electoral; el estallido de una guerrilla en Chiapas y su posterior radicalización discursiva y política, el asesinato del candidato priísta, y la cercanía estratégica del abanderado del PRD con los guerrilleros, fueron circunstancias hábilmente aprovechadas por el PRI para suscitar un "voto del miedo" en el electorado, que favoreció el triunfo del candidato oficial con cerca del 50% del sufragio. Como en Taiwán, ese temor no fue el único factor que explica la victoria priísta, pero sin duda sí influyó significativamente en el resultado final.

En los comicios del año dos mil en Taiwán, la amenaza comunista volvió a surgir. El primer ministro chino, Zhu Rongji, advirtió a los electores taiwaneses sobre el riesgo bélico de elegir a la oposición independentista: "No actúen impulsivamente o de lo contrario lo van a lamentar mucho y va a ser tarde para arrepentimientos." Con todo, el electorado no fue amedrentado esta vez, y una mayoría suficiente sufragó por el PDP, defensor de la independencia respecto de China continental. Los expertos consideran que el resultado de los comicios no puede interpretarse como un deseo mayoritario por la independencia, pues en todo caso un 60% votó por candidatos que no presentaban esa posición. La explicación más aceptable fue el deseo de un cambio, y el descrédito del partido oficial. "La ciudadanía quería el cambio, cualquiera menos el KMT", señaló un observador del proceso. Lien Chan, del KMT, fracasó en convencer al electorado de que él y su partido detendrían la corrupción y el "oro sucio, el dinero político y las conexiones con el crimen organizado que pervierten al sistema político (*Asiaweek*, 20 de marzo de 2000)".

En México, hasta ahora el ambiente político es muy distinto del que prevaleció en 1994. No hay elementos fuertes que propicien un "voto del miedo" y cuando las cosas parecen en calma, los electores mexicanos muestran menor temor a arriesgar su voto en favor de la oposición. Así ocurrió al menos en los comicios legislativos de 1997, cuando un sesenta por ciento del electorado votó en contra del PRI, impidiendo con ello que por primera vez en su historia, el tricolor mantuviera la mayoría absoluta en la Cámara baja del Congreso federal. En todo caso, las probabilidades de una victoria opositora son hoy mayores que nunca, según lo sugiere la mayoría

de los sondeos realizados en los últimos meses. Como en Taiwán, el candidato oficial

también parece abrumado ante la necesidad de convencer al electorado de que su partido, ahora sí, cumplirá con los viejos objetivos de la Revolución mexicana. Tampoco la oferta de terminar con la corrupción y la impunidad parece convincente a un amplio sector de la población. El desprestigio acumulado del PRI juega en su contra, pero nada asegura que ese partido no pueda volver a obtener, así sea con grandes dificultades, una nueva victoria presidencial. Pero, a diferencia de lo ocurrido durante setenta años, ya no hay garantía.

El futuro inmediato

En Taiwán, ante la derrota electoral, los miembros del KMT no intentaron revertir el veredicto. En parte eso fue posible porque ya no disponían de los controles institucionales necesarios. También influyó, seguramente, el hecho de que el partido oficial quedara en un tercer sitio, muy por debajo del ganador, lo que hacía imposible una impugnación exitosa. La única opción de preservar el poder, en tales condiciones, sería a través de un golpe de Estado. Pero las fuerzas armadas en ese país

hace tiempo que fueron institucionalizadas y subordinadas al poder de los civiles, por lo cual su reacción ha sido hasta ahora —y se calcula que lo seguirá siendo—institucional. Los miembros del KMT salieron a las calles a manifestar su desesperación frente al edificio del partido, en medio de lágrimas y alguna zacapela contra sus dirigentes partidarios. Durante la protesta, exigieron la renuncia del presidente en turno, Lee Ten hui, como secretario general del partido, por considerarlo responsable de esa histórica derrota.

Lee fue rápidamente sustituido en ese cargo por Lin Fong cheng, cuya primera oferta fue la de realizar una reforma profunda y auténtica en el partido, aceptando que en adelante, para seleccionar a sus candidatos, intervenga toda la militancia y no sólo una reducida elite. Sin duda las derrotas y descalabros son los mejores incentivos partidarios para la renovación y la reforma. Sin embargo, habrá que ver si el ahora ex partido de Estado taiwanés logra mantener su cohesión desde la oposición. El nuevo secretario general pidió al electorado darle al KMT una oportunidad, aduciendo que el partido "es sincero en sus reformas y que la profundidad en los cambios no desilusionará las expectativas del pueblo". El candidato oficial derrotado, llamó a sus correligionarios a no perder la moral: "Debemos empezar de nuevo inmediatamente, para recuperar el apoyo y aprobación del pueblo de Taiwán (*Taipei Times*, 19 de marzo de 2000)." Hasta ahora, ningún partido que haya sido de Estado, después de haber sido derrotado en las urnas o debido a divisiones internas, ha logrado sobrevivir en la oposición. Y el partido formado por Soong —comparable al PRD- podría contribuir a desgranar al KMT. El periodista Alejandro Reyes escribió al respecto: "Si el sábado (18) fue el triunfo de Chen, el domingo fue el tiempo para el desgrane del partido oficial. Después de la explosión del KMT, Soong muy bien podría recoger los pedazos (*Asiaweek*, 20 de marzo de 2000)."

Los especialistas en el proceso taiwanés consideran que, pese a su responsabilidad partidista, el presidente Lee pasará a la historia como el artífice de la democracia en su país y, por lo pronto, mantendrá un lugar digno, aunque secundario, en la palestra política. Personalmente, con la derrota de su partido, ganó imagen de cara al país y la comunidad internacional, aunque no lo haya hecho frente a sus correligionarios. El triunfo del PDP tuvo también como soporte el inmediato reconocimiento del presidente norteamericano Bill Clinton —evidente factor clave en el caso taiwanés— quien consideró que sería más fácil mantener la paz y la estabilidad de esa forma, que desconociendo el resultado desfavorable al KMT.

En México, a diferencia de lo ocurrido en Taiwán, incluso de perder la elección el PRI, no es probable que lo haga por una distancia tan marcada respecto del eventual triunfador, como ocurrió en Taiwán (17 puntos porcentuales). A menos que el PRI sufra un colapso antes de la elección, su eventual derrota se dará por una distancia reducida. Eso puede provocar una protesta priista para desacatar el veredicto, lo que podría poner en fuerte tensión al sistema político en su conjunto, a diferencia de lo sucedido en Taiwán. Se ha hablado incluso de un drástico "plan de emergencia" por parte de los priistas, antes que ceder el poder. Con todo, es probable que, en tal caso, cuatro elementos que respaldaron la victoria de la oposición en ese país asiático operen de manera parecida en México: A) la autonomía de las autoridades electorales, al grado de hacer imposible al partido oficial revertir artificialmente un veredicto desfavorable; B) el reconocimiento del veredicto por parte del presidente de la República, que aunque enfrente la ira de sus correligionarios, serviría como fulcro a favor de la alternancia pacífica; C) la institucionalidad de las fuerzas armadas, cuya reacción más probable sería el respaldo a la decisión presidencial de respetar el resultado electoral; y D) el reconocimiento del triunfo opositor por parte del gobierno norteamericano, que no vería racional arriesgar la estabilidad de su vecino del sur por subvertir el veredicto oficial en favor del PRI.

De ser así, la posible rebelión del PRI, en caso de ser derrotado, quedará probablemente conjurada y, si acaso, la desesperación de los priistas se volcará solamente contra sus propios dirigentes, como sucedió en Taiwán. De esa forma, durante los comicios presidenciales de este año en México, los "descendientes del dinosaurio" priista podrían enfrentar su primera derrota, como ocurrió, hace algunas semanas, con los militantes del Partido Nacionalista, los genuinos "descendientes del dragón" taiwanés, como ellos se llamaron a sí mismos en su cántico nacionalista, al celebrar por adelantado la frustrada victoria de su hasta entonces invicto partido.

Profesor del Centro de Investigación y Docencia Económicas (CIDE) y autor del libro *¿Tiene futuro el PRI?*, Grijalbo, 1998